

La génesis de un precipitado geográfico

por

Leoncio de Urabayan

Vamos a contarte una historia, lector. Una historia y no un cuento. Porque no se trata de un relato caprichoso ideado por una imaginación más o menos viva, sino de un relato verídico de cosas que han pasado y que continúan sucediendo actualmente en todos los rincones del mundo. No es más que una pequeña historia. Pequeña, pero importante, como la gota de agua que forma los océanos. Es la historia de un modesto precipitado geográfico, visto desde nuestra Geografía de los paisajes humanizados. Una historia humilde, aunque llena de elocuencia y claridad, de valor demostrativo, ya que contiene en sí misma todo el proceso de nacimiento y desarrollo de una de esas obras humanas a las que denominamos precipitados geográficos.

Es una historia real y verdadera, de cosas que han pasado y pasan todavía, en la que sólo faltarán nombres propios, pues se trata de cosas vivas y no pretendemos halagar ni hacer la propaganda a nada ni a nadie. Por ello y cuando lo consideremos necesario, usaremos letras en vez de nombres. Por otra parte y para quien, a falta de localización precisa, desee comprobar que no se trata de fantasías ni de cosas extraterrestres, le daremos la situación geográfica exacta del precipitado geográfico en cuestión. El cual se encuentra en la Tierra a los 42° 52' 55" de latitud N. y 1.º 59' 30" de longitud E. del meridiano de Madrid.

En nuestra Geografía de los paisajes humanizados (1) hemos afirmado repetidas veces que, en la relación entre el hombre y el medio geográfico, corresponde al primero el papel activo, la iniciativa, el impulso, el principio creador, y que el segundo es el elemento pasivo, indiferente, que presenta sus recursos casi siempre de una manera oculta que al hombre toca descubrir y que es, por tanto, la voluntad de éste la que origina los precipitados geográficos.

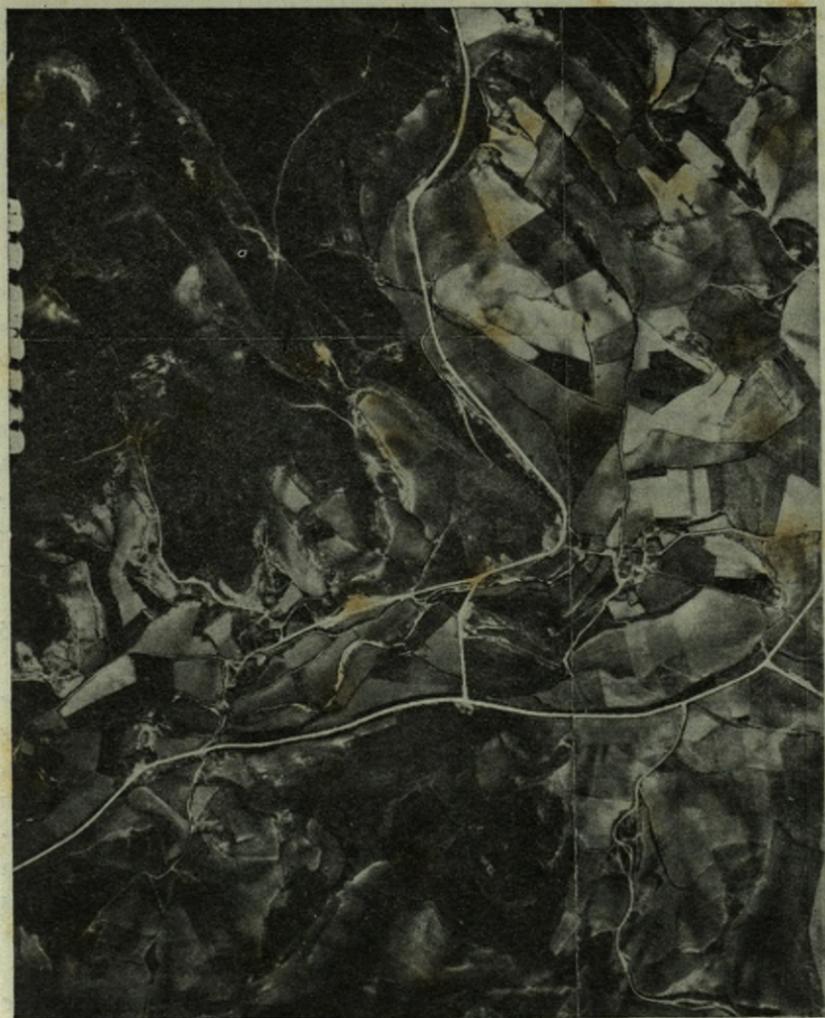
Tal es la teoría que encontramos confirmada en los casos que hemos estudiado. Pero todos ellos eran generales y anónimos, por decirlo así. Hasta que en nuestras andanzas por razón de las investigaciones geográficas que estamos realizando nos hemos encontrado con uno que, no por ser humilde y pequeño, deja de probar con toda evidencia la exactitud de la tesis a que más arriba nos hemos referido.

Se trata de una pequeña residencia en una zona de aldeas, que ha sido creada y traída a una vida próspera y compleja por la voluntad, la energía y el talento natural de un hombre sencillo, sin cultura libresca («La falta de cultura no prueba privación de ingenio»—dice el P. Ignacio Rodríguez en el «Discernimiento filosófico de ingenios para artes y ciencias»), que supo ver y explotar las posibilidades de un medio cuya apariencia no las mostraba, sino que más bien las ocultaba celosamente. Nuestro hombre supo descubrir esas riquezas ocultas, las puso en valor con su trabajo y el resultado ha sido la formación de una nueva residencia que, dentro de su pequeñez, está llena de enseñanzas para nosotros.

Y ahora, vamos con la historia.

Había una vez un hombre a quien llamaremos V. Un día este hombre se fijó en una pobre casa solitaria construída a orillas

(1) Leoncio Urabayen, «La Tierra humanizada.—La Geografía de los paisajes humanizados y la lucha del hombre por la conquista de la Naturaleza».—Espasa-Calpe, Madrid, 1949.



de la carretera que desde la capital de la Provincia conducía a una zona de aldeas. V procedía de una de éstas situada no muy lejos de esa casa en que se había fijado y escondida entre montañas. Su instinto le decía que allí había algo que podía convertirse en dinero. V compró la casa, se instaló en ella y empezó a vender

vino a los aldeanos del contorno. Como el vino es un producto de primera necesidad para estas gentes y había que importarlo porque no se da en esa zona ni los aldeanos podían adquirirlo por carecer en sus pueblos de tiendas donde se vendiera, V comenzó a vender vino en arrieraje y más tarde amplió su radio de acción y puso un carrito tirado por caballerías con el que llevaba el vino a los pueblos, sin esperar a que éstos viniesen a buscarlo a su casa.

A veces, los viajes con el carro eran largos y se pasaban dos semanas antes de que V pudiera regresar a su casa. Y no porque fuera muy lejos, sino porque la zona que él abastecía de vino no estaba totalmente atravesada por la carretera, y una parte de aquella era solamente accesible para el carro por otra carretera que empezaba en la Capital. Era, por tanto, forzoso pasar por ésta y dar una gran vuelta para servir a todas las aldeas que entraban en el radio de acción de V. Pero años después, las dos carreteras fueron unidas por un ramal y el abastecimiento de las aldeas desde cualquiera de las dos fué más fácil.

V se casó, tuvo familia y cuando murió, su hijo X se encargó de seguir la línea trazada por su padre.

Lo primero en que X pensó fué en completar su negocio de venta de vino con el de la venta de pan. Verdad es que, al revés que el vino, el pan se obtenía en todas las casas de aquellas aldeas. Pero X, con certera vista, observó que los aldeanos admitirían con gusto la terminación del penoso trabajo que suponía la obtención del pan casero e instaló en su casa de junto a la carretera una modesta panadería. Y con un carricoche, llevaba a las aldeas del contorno servidas por la carretera pan y vino cada dos o tres días.

Nuestro X no quedó satisfecho con esto. Pensó en extender su comercio y para lograrlo, compró un gran carro y cinco o seis bestias de tiro, con un valor total de unas 7.000 pesetas. Con este equipo se dedicó a llevar vino a Francia, donde llamaban la atención el poderoso tiro y el gran carro.

Poco después empezó el automóvil a invadir las carreteras. X, aunque hombre sin instrucción, pero con talento natural y una

inteligencia despejada, comprendió que esto podría servirle de mucho en su trabajo y substituyó el carricoche del pan y el vino por una camioneta automóvil que facilitó grandemente el servicio a los pueblos y amplió el radio de acción de nuestro X. Este, apreciando las ventajas del nuevo medio de locomoción, adquirió otra camioneta y con ella empezó a llevar viajeros y mercancías a un famoso y antiguo mercado al que acudían periódicamente las aldeas circunvecinas desde tiempo inmemorial.

Entonces sucedió que los habitantes de una parte de aquella zona de aldeas entraron en deseos de ponerse en comunicación más rápida y frecuente con la capital y pidieron a X que estableciera una línea de autobuses que satisficiera su aspiración. X accedió y consiguió la concesión de la línea. En los vehículos de ésta comenzó a transportar leche a la Capital, que a la sazón comenzaba a abastecerse de este artículo a distancias cada vez mayores. Pero dificultades de orden administrativo impidieron a X continuar realizando este transporte. Entonces, para no abandonarlo, puso una camioneta exclusivamente destinada a él, pues comenzaba a adquirir una importancia cada vez mayor.

Entretanto, el comercio de pan y vino en la casa de la carretera a la Capital continuaba prosperando y X abrió en la casa una pequeña tienda donde vendía otros artículos e instaló un estanco.

Más tarde, viendo las posibilidades que ofrecía el transporte automóvil por carretera, X adquirió un camión que hizo circular llevando mercancías de un lado a otro.

Los recursos de X iban aumentando con todas estas cosas y su instinto le hizo fijarse en un pequeño molino de granos que existía próximo a su casa, movido por el agua de un riachuelo que pasaba por allí. Este molino, anticuado, llevaba una vida lánguida. Pertenecía a una sociedad formada por 60 miembros que vivían en los pueblos cercanos. X, con mucha vista, adquirió el molino y decidió modernizarlo.

Era poco antes de la última guerra civil española y los tiempos favorecieron a X que conoció magníficas ocasiones de hacer dinero. No fué, sin embargo, tan fácil la puesta en marcha del

asunto. El molino, tal como se encontraba, no servía para el objeto perseguido por X. Era necesario modernizarlo y adquirir costosa maquinaria. No fué poca la habilidad que X tuvo que desplegar para encontrar el capital necesario y vencer todas las dificultades que se le presentaban. Pero al cabo lo consiguió, y una pequeña pero completa y bien equipada fábrica de harinas ocupó el lugar del antiguo molino en un edificio de nueva construcción. Pero X advirtió que el salto de agua obtenido en el riachuelo y que movía el antiguo molino, era insuficiente gran parte del año para hacer trabajar la nueva fábrica. Había que resolver esta nueva dificultad si había de marchar el asunto. Para ello X adquirió un motor Diesel de aceite pesado de 24 HP de fuerza y con él salvó los períodos de insuficiencia del salto de agua. No contento con esto y aprovechando el tendido de una línea de energía eléctrica que algún tiempo después se estableció para una instalación próxima, implantó en su fábrica de harinas un motor eléctrico que pudiera moverla por sí solo. De este modo, la fábrica se encontraba asegurada contra todo evento, ya que en toda ocasión podía contar con alguno de los tres manantiales de fuerza ya citados. Claro es que esto no se consiguió fácil ni gratuitamente. Sólo el tendido de la línea de conducción de la energía eléctrica hasta su fábrica de harinas costó a X, 70.000 pesetas. Otros hubieran considerado superfluo este gasto contando X, como contaba, con otros dos equipos para mover su fábrica. Pero tampoco se equivocó X esta vez. Porque los años posteriores, con las dificultades que trajeron consigo, acreditaron su previsión una vez más.

La fábrica de harinas de X resultó un acierto, pues su producción la buscaban los pasteleros con preferencia a otras porque sus harinas se prestaban especialmente para la pastelería. El trigo de la zona donde se halla enclavada la fábrica de X da, en efecto, un producto fino y de una calidad especial. Esta fábrica prospera y sigue trabajando con éxito cada vez mayor, aunque en la actualidad las circunstancias le imponen temporadas de paro forzoso.

Mientras tanto, X no olvidaba sus primeros y antiguos asuntos de venta de pan y vino, en los que seguía comerciando. Modernizó

y amplió la panadería que funcionaba hacía ya tiempo.

Como sus asuntos marchaban viento en popa gracias a su iniciativa y a su tenacidad, X no descuidaba adquirir propiedades rústicas cuando tenía ocasión para ello y de este modo llegó a poseer varias casas y unas 45 Ha. de tierras de cultivo, situadas alrededor y otras más lejos de la casa junto a la carretera, que dió origen al precipitado geográfico que estamos estudiando.

Tampoco descuidó X añadir a sus múltiples negocios la posesión de un rebaño de ovejas y un bien surtido y moderno gallinero que le sirvió para aprovisionar su casa. Hoy, desaparecido X, continúan su viuda e hijos la labor iniciada y desarrollada por aquél, y el establecimiento formado con tanto esfuerzo y habilidad sigue prosperando y extendiendo su acción en un ámbito cada vez más amplio.

Todo este trabajo y estas creaciones se iban reflejando en el lugar donde se encontraba la casa primitiva de junto a la carretera. A ella se iban agregando nuevas construcciones hasta llegar a formar la pequeña residencia que nos ocupa (a la izquierda de la fotografía adjunta) y de la cual vamos a procurar desprender algunas enseñanzas para nuestra Geografía de los paisajes humanizados.

Hasta aquí los hechos. Indaguemos ahora lo que ellos tienen que ver con la Geografía de los paisajes humanizados.

Según esta Geografía, todo precipitado geográfico, esto es, toda obra humana encaminada al aprovechamiento, explotación o dominio del medio geográfico, es originada puramente por la voluntad humana, la cual tiene que descubrir primero y utilizar después las posibilidades que encubierta o manifiestamente presenta el medio geográfico. Empleando un símil biológico, podemos decir que la voluntad humana viene a ser el espermatozoo que hace fecundo el huevo representado por el medio geográfico. El nuevo ser está constituido por el precipitado geográfico, el cual crece y se desarrolla gracias a las posibilidades que el medio posee, utilizadas cada vez más intensamente por el hombre.

Este es el proceso que han seguido todos los precipitados geográficos existentes y desaparecidos, y este proceso es el que encontramos reproducido una vez más en el que nos ocupa. Por eso y porque podemos seguirlo desde su principio hasta el estado actual de su desarrollo, lo hemos elegido como comprobación de nuestra tesis. Y por eso tiene tan alto valor ejemplar que puede considerársele como un prototipo.

Porque no se crea que, por su pequeñez, nuestro precipitado geográfico es válido sólo para casos semejantes. Tiene un valor universal que puede aplicarse también a otros más importantes. Es cuestión de escala; pero, esencialmente, todos los precipitados geográficos responden a los mismos caracteres del proceso.

Con todo—arguirán ustedes—¿cómo se enlaza con esto la Geografía de los paisajes humanizados? Y aún más. ¿Será la Geografía o la Historia de los paisajes humanizados la interesada en esta cuestión? Porque en ese relato que acabamos de hacer domina intensamente el aspecto histórico.

Así es, en efecto. Pero si nos fijamos en el mismo título de la Historia de los paisajes humanizados, observaremos que se trata de estudiar la evolución histórica *de los paisajes*, mientras que en nuestro caso lo estudiado es *un precipitado geográfico*. La distinción será válida para todas las ocasiones semejantes en que haya que diferenciar el aspecto histórico de un precipitado geográfico del de un paisaje humanizado. Lo primero será Geografía porque no se pierde de vista la consideración de aspectos del precipitado, ya que uno de ellos, uno de sus Elementos analíticos, es el emplazamiento del mismo, en el cual hay que tener presente su proceso genético, lo cual envuelve la historia del caso. En cambio, al estudiar un paisaje humanizado en su totalidad y considerarlo desde el punto de vista del tiempo, se hace realmente historia y por eso es ésta la llamada a interesarse en el caso.

Creemos, pues, justificado incluir nuestro relato en la Geografía de los paisajes humanizados y ahora vamos a procurar sacar de él las indicaciones que nos servirán para considerarlo como un ejemplo típico de algunos de los postulados de nuestra Geografía.

Observemos primeramente que se trata de un medio geográfico aparentemente pobre en posibilidades, inerte, casi muerto. Nuestro precipitado geográfico nace en un ambiente más que humilde, escaso y falto de ventajas visibles: una triste casa perdida al borde de una carretera; un suelo medianamente cultivado, sin bosques, sin riquezas minerales, con una población rarificada.

Y ¿cómo esas condiciones han dado lugar a la vida próspera y activa de nuestro precipitado geográfico, tal como la vemos hoy? Pues de ninguna manera. No han sido esas condiciones las que han creado y mantenido robusto y lleno de apetito al nuevo ser, sino la voluntad de un hombre despierto, que vemos actuar y manifestarse al través de todo el relato acabado de hacer. Todo lo más que puede concederse es que las ventajas que ahora ofrece el medio de esa zona permanecían, caso de que existieran, como dormidas, ocultas para todos menos para nuestro hombre, que supo descubrirlas y ponerlas a su disposición, como sucede siempre que el hombre, en su lucha con el medio geográfico, utiliza, aprovecha y explota las condiciones que éste posee, pero que no brinda ni ofrece al hombre graciosamente. Es este último el que, siempre, tiene que obligar al medio a ceder sus ventajas, las cuales entrega en todos los casos remoloneando. Y este remoloneo se traduce en un esfuerzo paralelo del hombre para vencerlo.

Este proceso entre un medio pasivo y un hombre activo se trasluce claramente en nuestro relato, donde vemos a X ir sucesivamente sacando partido de la carretera, de la forma en que la población se distribuye (aldeas), del arroyo y del suelo. Pero obsérvese que es siempre X el que desarrolla la acción y el que arranca al medio sus ventajas, las cuales parecen entonces surgir a la luz desde un mundo donde no parecían existir. Es lo que sucede con la carretera. Esta existía ya cuando X se hizo cargo de la pobre casa situada junto a ella. Pero ¿de qué servían ni la casa ni la carretera? Fué X quien conjugó ambas y las hizo servir a sus intereses estableciendo el comercio de pan y vino por medio de cabañerías primero y de carros y carricoches después. Y más tarde, con el advenimiento del automóvil, la explotación de ambos factores se hizo más intensa.

Y ¿qué sucedió con el molino? Era una instalación sin importancia, anticuada, que no extraía del medio cuanto éste podía dar. X lo reformó, esto es, obligó al medio a rendir cuanto tenía, tanto en fuerza como en productos (pues pudo recoger todo el trigo de la comarca) y enmendó la insuficiencia del medio dotando a la fábrica de harinas que sustituyó al molino con manantiales de fuerza que perfeccionaron las ventajas del medio.

X puso también a contribución el suelo con los cultivos y la ganadería y así llegó a hacer de su antigua casa un pequeño centro rural lleno de actividad y de vida.

¿No se ve en todo esto con claridad el papel activo de la voluntad humana fecundando y haciendo productivo el medio? ¿No es X quien ha creado todo esto y ha dado vida al precipitado geográfico que estamos estudiando? Y ¿no sucede igual en la génesis de todo precipitado geográfico? El medio pone la materia, con más o menos gusto, pero el hombre la fecunda con su voluntad y su inteligencia, y de la conjunción de ambos factores, uno pasivo y el otro activo, nace un nuevo ser, el precipitado geográfico, que muestra en su estructura y en sus modalidades las características de sus progenitores, el medio y el hombre.

Veamos ahora la parte del medio en la producción de nuestro precipitado geográfico.

Cuando X inició su actuación se encontró con un medio poco transformado, aunque arrasado por los cultivos y las talas de árboles. Predominaba el cultivo de cereales, no existían frutales ni regadíos y la población se alojaba en centros pequeños y diseminados a los cuales denominamos aldeas. La comunicación entre éstas se hacía malamente y sólo una carretera no muy importante atravesaba la zona donde se iba a desarrollar la acción de X.

Nuestro hombre extrajo todas sus posibilidades al medio en cuanto se refiere a las comunicaciones. Primero proporcionando vino (que había que importar a las aldeas) y luego pan a los habitantes y después trasladando a ellos y a sus mercancías con medios modernos. Este fué el papel de la carretera, cuya función desarrolló X puede decirse que hasta el máximo de sus posibilidades. Hoy la carretera es surcada por varias líneas de autobuses y por

camiones automóviles, sin contar innumerables bicicletas, el germen de cuyo nacimiento hay que atribuírselo justamente a X.

También el arroyo que pasaba junto a la casa de X era aprovechado con un pequeño salto de agua cuando X se hizo cargo de él. Pero así como entonces el arroyo era el factor principal, hoy no es más que un factor coadyuvante en el movimiento de la fábrica de harinas, que cuenta con otros medios para suplir la insuficiencia del arroyo. Mas éste da cuanto puede de sí. Verdad es que cabría ampliar el poder energético del mismo construyendo un pantano. Pero no parece que el asunto sea reproductivo, aparte de que el caudal para crear el pantano tampoco es muy abundante.

Finalmente, la producción en cereales del suelo en la zona que nos ocupa tampoco tenía antes la estimación que X, con su fábrica de harinas, le hizo adquirir después, proporcionando a ese suelo el correspondiente aumento de valor.

Aún les quedan a los sucesores de X campos donde actuar y en los que pueden desarrollar esfuerzos e iniciativas, en consonancia con las condiciones del medio geográfico. Uno de ellos es el del transporte mecánico por carretera, dirección que ellos siguen actualmente, pues tienen participación en varias líneas de autobuses y poseen camiones automóviles. El otro no ha sido iniciado aún. Nos referimos a la cría de ganado seleccionado y particularmente a la de ganado lanar, que en esa región produce unos corderos de exquisita carne y que con un tratamiento adecuado podrían convertirse en una raza que sería buscada y bien pagada.

Desde otro punto de vista es también ejemplar la actuación de X. Como en muchísimos otros casos semejantes, X actuaba de un modo inconsciente en relación con el medio geográfico. El no tenía la menor idea de que estuviese librando batalla alguna ni de que con sus empresas iba mejorando y poniendo en valor el medio geográfico. Él obraba por móviles personales, como en la mayor parte de los casos obra el hombre actual. Si se le hubiese dicho entonces a X que estaba creando un precipitado geográfico lleno de vitalidad, no habría comprendido nada y, encogiendo los hombros, habría proseguido sus empresas y lo habría creado efectivamente, pero sin darse cuenta de que era un prototipo del

hombre entero enfrentado a la Naturaleza. Porque éste es el caso de la Humanidad en su totalidad. Desde que existen, los hombres están luchando con la Naturaleza sin, al parecer, darse cuenta de ello. Los árboles no les dejan ver el bosque. Sumergidos en las dificultades que presenta cada episodio de esa lucha, no se percatan del plan general con que el proceso se desarrolla. Es lo que le sucede al soldado que, en medio de la batalla, sólo se preocupa de defender su vida y no tiene la menor idea del movimiento general de los ejércitos que combaten.

A la Geografía de los paisajes humanizados toca poner de relieve y hacer consciente este modo humano de proceder frente a la Naturaleza, a fin de que todos los hombres se den cuenta y obren reflexiva y sistemáticamente en este proceso trascendental del cual depende la misma existencia humana. Y por eso, por la claridad con que aparece y refleja toda la conducta de los hombres al producir los precipitados geográficos en su lucha con el medio, tiene tanto valor ejemplar este modesto caso de X, que nos complacemos en ofrecer al curioso lector.

Pamplona, 29 de septiembre 1948.
